

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.— Un número suelto un real.



Me conoces, añadí hundiendo en su pecho la punta de mi espada. (Pag. 346. col. 2.ª)

SUMARIO.

- EL ENANO DEL REY DE POLONIA, por M. Roger de Beauvoir.
- STERNE DE VIAJE Ó EFECTOS DE UNA BUENA ACCION, por Amadeo de Best.
- EL POSADERO DE ALDEA, MAESE GANSENDONCK, por E. Conscience.
- BIOGRAFIA DEL GENERAL DE LA MARMORA.
- FÓRMULAS: Modo de destruir las hormigas.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA,

POR M. ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion).

—Continúa, le dijo Estanislao, te escucho con interés.

—La extraña organizacion de Bebé, continuó Leopoldo, su talento precoz, sus estudios, todo contribuía á acrecentar el cariño que me inspiraba. Se había refugiado en mi amistad para consolarse del menosprecio, y yo volví á instruirle para consolar mi tristeza.

Un día encontré sobre el clave unos versos que había compuesto Bebé: era un fragmento que rebotaba sentimiento y dulzura, y al leerlos creí en un principio que eran del ca-

ballero de Boufflers. Sin embargo Bebé estaba allí en pie sobre un taburete para volver como acostumbraba las hojas de mi música. Tomé los versos y traté de acompañarlos con algunas notas. Bebé me miraba con atención y parecía esperar el momento en que iba á alabar sus estancias ó á arrojarlas al fuego. Un sudor glacial inundaba su frente, y lágrimas tranquilas y lentas brotaban de sus ojos; revelábase el despertar del genio en su cuerpo destituido de belleza física, pero realzado entonces á mis ojos por la belleza divina del pensamiento.

Bebé estaba suspenso de mis manos aplicadas sobre las teclas sonoras, y se apoderó de él una especie de vértigo, cuando estudié rápidamente el ritmo de sus versos y empecé á adornarlos con algunos sonidos indecisos. Luchando con un temor supersticioso, cerré los ojos como para no ver lo que iba á suceder, y cuando cesó el canto se levantó, retrocedió de un salto hasta la puerta y se apoyó en ella para no caer, pues sus rodillas no podían sostenerle. No comprendí la causa de su prolongado tormento, y lo atribuí al escaso mérito que tengo en música, cuando repentinamente se arrojó á mis pies suplicándome que no le castigase.

—¿Por qué te he de castigar? le pregunté; ¿qué falta has cometido?

—He escrito esos versos, me respondió, ¡si supieran en la corte que hago versos!

Le levanté, le abracé llorando y mis lágrimas se mezclaron con las suyas.

—¡Oh! no se lo digais, Leopoldo, á la señora de Boufflers.

—¿Por qué?

—Porque solo su hijo tiene derecho á ser joven de talento. Yo soy el bullo, pero el caballero es el ruiseñor.

Y al pronunciar estas palabras vertía en mis manos un raudal de lágrimas.

Estaba aun admirando al pobre niño que se vengaba de la debilidad de su naturaleza con la industria del estudio, cuando retrocedí de pronto al separar el puño de encaje que cubría su mano derecha para facilitar los movimientos oprimidos. Acababa de ver en su piel la misma señal de nacimiento impresa sobre el enano Matías. El recuerdo de aquel miserable criado del conde, de aquel verdugo que tan escrupulosamente había cumplido los mandatos de su amo, despertaba en mi alma pensamientos tan sombríos que dejé en seguida á Bebé en el cuarto y salí lleno de angustia.

Pocos días despues nos paseábamos por el parque. La marquesa de Boufflers pasó entonces por nuestro lado, y abriendo su cajita de dulces, lanzó un puñado á Bebé sobre el césped; pero el enano, en vez de bajarse como acostumbraba para recogerlos, pasó adelante. La señora de Boufflers entró en el castillo sin advertir siquiera el capricho de Bebé.

— Todos están empeñados en considerarme como un niño, balbuceó entonces Bebé con tristeza, y únicamente vos, señor de Arveines, os dignais tratarme algunas veces como hombre.

Yo me sonreí haciéndole ver la huella que imprimían sus pasos en la arena de una calle de árboles.

— No me espantan los hombres aunque soy tan pequeño y débil, dijo suspirando y moviendo la cabeza; ponedme frente á frente de un bandido y se verá si tengo miedo.

La noche poblaba entonces el bosquecillo de Buen Socorro por el cual pasábamos de formas indecisas y por momentos amenazadoras. Troncos carcomidos de árboles caídos, barrancos donde el viento hacia remolinar las hojas secas, sendas angostas y sobre las cuales arrojaba la noche su velo de tinieblas, algunos tejos secos y sin hojas, porque nos hallábamos en el invierno... todo en fin inspiraba al alma un sentimiento de desconfianza y de tristeza. La parte del bosque que recorríamos terminaba en un rejado constantemente cerrado que solo se abre en los días de caza. No sé por qué quise volver al castillo.

— Dejadme, me dijo entonces friamente el enano, dejadme, ó diré que tenéis miedo.

Le miré al resplandor de la luna; iba delante de mí como un guardabosques consumado.

— ¿A dónde vas? le pregunté.

— ¿Queréis saberlo? me respondió.

— Sí.

— Pues bien, debo ir al sitio del bosque donde me esperan.

— ¿A tí?

— Sí, á mí; y sospecho que me tienden algun lazo. Por eso os he querido hacer ver que no tenía miedo.

La idea de un peligro me impulsó á acercarme á él instintivamente. Reinaba en el bosque un profundo silencio y cubría el suelo una brillante escarcha. Bebé me tiró de la capa y colocándose bajo uno de los rayos oblicuos de la luna me enseñó una carta que decía: «Estad á las once en punto en el rejado del parque cerca del foso de los gamos; se os espera.»

— Esta carta no tiene firma, le dije.

— Eso mismo he advertido yo, pero por otra parte me he acordado de que la señorita Alina se paseaba roches pasadas por este lado del bosque con el caballero, el señor Alliot y yo... En el momento que pasábamos no lejos de un árbol que podeis ver desde aquí, oí un ligero ruido... me volví, y á favor del resplandor de la luna vi claramente y como os veo ahora...

— ¿Qué viste?

— Vi un hombre de elevada estatura embozado en una capa, que me miró fijamente y desapareció despues cruzando los matorrales con una ligereza inexplicable.

— ¿No le habías visto nunca?

— Nunca. Pensé que seria algun ladrón ó cazador... ¡Son tan severos los edictos lorenenses! No me atreví á contárselo á nadie, pero lo cierto es que aquella noche no pude conciliar el sueño.

— ¿Y qué tiene eso de particular?

— Nada, pero es extraño el que esta mañana haya encontrado á Alina pálida y asustada. La pregunté el motivo de su turbación y me respondió que no habia cerrado los ojos en toda la noche, pues habia visto en la entrada del bosquecillo — ya veis, señor de Arveines, que la aparición muda de sitio — que habia visto allí un hombre cuyas señas eran exactamente iguales á las que acabo de daros.

— Es preciso que vayas al instante á avisar al castillo; corre, Bebé, llama la guardia. Yo estoy armado y nada temo.

— ¿Y yo? Es verdad que no llevo armas porque no me permiten manejarlas, pero si llegase á encontrar al misterioso rondador... ¿Sabeis, señor de Arveines, que no sé por qué se me ha figurado desde ayer que podría ser otra cosa peor que un cazador ó un ratero? La señorita Alina es jóven y hermosa... ¡Si tratasen de robarla!

El enano calló, pues acababa de oírse un ruido de ruedas sobre la hojarasca. Era un

carruaje. Bebé y yo supusimos que se pararía cerca de la tapia que cierra el bosque de acacias donde estábamos, y dirigido por mi instinto y dando la mano á Bebé, separaba los espesos matorrales, cuando oí de pronto un grito sordo á mi lado. Un hombre de elevada estatura acababa de quitarse la capa que le cubría y habia envuelto con ella la cabeza de Bebé á quien trataba de arrebatar...

— ¡Miserable! grité arrojándome sobre él con la espada desnuda... La luna estaba entonces oculta tras una espesa nube y me era imposible ver las facciones del raptor.

— ¿Quién eres? preguntó poniéndose en guardia.

Aquella voz me hizo estremecer, pero le acometí con impetu. Mi adversario seguía apretando con una mano la capa que ahogaba los gritos de Bebé y con la otra se defendía vigorosamente. Le herí en el brazo y se vió obligado á soltar la horrible mortaja de Bebé que gritó al caer:

— ¡Salvadme, señor de Arveines!

Al oír este nombre, que parecia esperar mi enemigo, lanzó un rugido de tigre...

— De Arveines! Leopoldo de Arveines!

Dijo, y se arrojó sobre mí con tan ciego furor que tuve de retroceder.

— ¡Ah! me conoces, añadí yo al fin hundiendo en su pecho la punta de mi espada.

Cayó en el suelo y pronto oí su postrer suspiro en medio de las tinieblas... Corri al momento á socorrer á Bebé que yacia tendido y desmayado en la pendiente de un barranco. Salió entonces la luna de entre las nubes y alumbró el sangriento teatro de nuestra lucha.

El hombre que habia intentado robar á Bebé y queria derramar mi sangre, yacia en el suelo tendido como un lobo muerto! Me bajé para ver su rostro, separé sus cabellos canosos... y ¡cuál fué mi asombro, Dios mio, al conocerle bajo la máscara de la muerte! Yo le miré en un principio fatigado y sin aliento con embriaguez fatal, y temiendo despues engañarme, le registré, y al pálido fulgor del astro de la noche, pude leer un nombre grabado en su cartera.

— Tranquilizaos, señor, aquel hombre era un demonio; sí, aquel miserable... era él... el conde Etzel!

Ya podeis figuraros cuál seria mi asombro, mi terror. ¿Con qué intento habia venido aquel fraguador de infamias y crímenes, para quien la vida de la condesa no era mas que un juguete, y que en vez de llorar eternamente el atentado de que era culpable ante la divina justicia, se desviaba nuevamente de su camino para arrebataros un depósito sagrado, un depósito cuya existencia podia sospechar apenas? ¿Qué le importaba al torpe asesino la vida de un pobre enano recogido por vuestra bondad? ¿Qué ley humana le permitia introducirse así en vuestro palacio bajo la apariencia de un ladrón? ¿Por qué misterioso y terrible fallo del cielo sucumbia á mis manos en este nuevo proyecto de rapto ó de asesinato? Os confieso que en un principio creí que habia lidiado con una sombra y que únicamente me convenció el ver su cadáver.

Preseñdiendo de mis suposiciones, seguía contemplando á aquel hombre lleno de fuerza y de vida una hora antes, cuando me arrancaron de mi meditacion los gemidos de Bebé. Daban las doce lentamente en el reloj del castillo donde todos extrañarian nuestra ausencia.

Envolví el cadáver del conde en su capa, y ayudado del enano, lo trasladé hasta el barranco; cuando cayó en el fondo, lo cubrimos de hojas y ramas secas.

Como no ignoraba cuán severo es V. M. contra los desafíos, pensé con razon que el mio, á pesar de la lealtad del combate, podría acarrearle algun disgusto, é hice prometer á Bebé el mas profundo silencio. Volvimos entonces al castillo sin hablar una palabra. Pasé una noche horrible, y sus horas me parecieron siglos. Tenia vehementes deseos de saber si habian descubierto el cadáver. A los primeros albores del nuevo dia me dirigí al parque y vi con gran sorpresa que habia desaparecido el cuerpo del conde. Sin duda habian sido sus criados que esperaban sus órdenes y le

creyeron victima de un desafío. Traté de dominarme y volví á mi habitacion.

Únicamente entonces me decidí á abrir su cartera... La noche anterior no me hubiera atrevido á hacerlo, pareciéndome ver al conde lívido y bañado en sangre al pié de mi cama; pero el descubrimiento de aquella mañana desvaneció mi temor.

Bebé dormia en un almohadon cerca de mi cama mientras examinaba los papeles del difunto, cuya mayor parte eran fragmentos de correspondencia en lengua rusa, casi todos anotados y numerados, y como apenas sabia este idioma, no presté mucha atencion á las diferentes cartas. De pronto me estremecí... la letra de una mujer cuyo recuerdo estaba profundamente grabado en mi alma, la letra de Calista atrajo mis miradas... Aquella carta dirigida al conde Etzel por la hermana de Irma estaba escrita sin duda con algun designio en francés, tal vez con el de descubrir el misterio de que se rodeaba el conde en la corte de Francia, donde permanecia entonces. La lei y volví á leer diferentes veces; mis ojos se anublaron y tembló mi mano.

Como aquella carta encerraba el descubrimiento de un horrible secreto, era fácil advertir que el conde la habia estrujado convulsivamente entre sus manos. Vedla aquí, porque ahora puedo y debo enseñárosla.

Leopoldo leyó entonces al rey la siguiente carta:

«Os escribo desde una morada de paz donde no se miente. La muerte de mi hermana la condesa me ha obligado á elegir para retiro la Cartuja de Bielany en Polonia. Ya sabeis que corrió por este país la noticia de su muerte, pero sabeis tambien que creyéndose aun demasiado cerca de vos, y temiendo por el fruto que llevaba entonces en su seno, abandonó el piadoso asilo donde se hallaba para ir á Francia á ponerse bajo la proteccion de nuestra soberana María Leczinska.

Partió por consiguiente acompañada de la que os escribe, de dos mujeres y de su médico, el doctor Herman, que consintió en volver á su lado. Su embarazo estaba entonces muy adelantado.

Al llegar á la frontera de Francia la sorprendieron los dolores y el doctor Herman la asistió en su alumbramiento. La condesa dió entonces pruebas de gran valor. Nos hallábamos á corta distancia de Luneville.

— ¡Salvad á mi hijo, exclamaba en medio de sus angustias la desdichada madre, salvadle! Existe en este país un bienhechor augusto de mi familia, un príncipe generoso que tal vez se acordará de Irma Krazinski. Doctor, salvad á mi hijo! Temo por él el odio que me ha jurado el conde. ¡Oh! por favor! llevad mi hijo á Estanislao.

Y lloraba mi noble hermana al pronunciar estas palabras, y besaba ya la mano divina que habia de libertarla, porque solo habia vivido hasta entonces por su hijo, pues el hombre que llamaban su esposo habia sido su verdugo... Anonadada bajo el peso de la resignacion y del dolor, ya no pensaba mas que en sepultarse en un retiro en Francia, en aquel país donde la reina y las princesas reales se compadecian de ella, en un país que otros hubieran mirado como un destierro y que ella abrazaba de antemano como un suelo libertador.

Su corazon latia con inquieta esperanza, porque al lado del esposo feroz, tránico y desapiadado acababa de ver de pronto la imagen del rey de Polonia, su bienhechor, su amigo! Recordaba la vida aventurera y animosa del noble príncipe, que ella misma habia salvado cerca de Dantzick, y mil pensamientos consoladores cruzaban al través de su dolor y su martirio, porque la condesa padecia, se hallaba en despoblado y era oscura la noche.

Nuestros guias hacian galopar los caballos, pero de pronto se rompió el eje del coche. Veíase á lo lejos una miserable cabaña de donde salía una luz moribunda, y trasladamos á este asilo á mi hermana desmayada.

Era la casa de un guardabosque; el doctor pidió hospitalidad, y la condesa Irma dió á luz á su hijo en el único cuarto que nos pudieron ofrecer...

Mi hermana se sonreía como quien ve llegar sin temor el término de la vida y sin embargo había salido ya del peligro. Yo estaba á su lado de rodillas estrechándole las manos. El doctor Herman había tomado al recién nacido y le examinaba atentamente... De pronto vi que palidecía, se inclinó, miró otra vez el niño, y sin decirnos una palabra ni explicarnos su conducta, se lo llevó despues bruscamente hasta el segundo coche destinado á las criadas de mi hermana. La condesa acababa de cerrar los párpados y dormía suavemente...

(Se continuará.)

STERNE DE VIAJE

6

Efectos de una buena accion,

POR AMADEO DE BAST.

Ciertos negocios de familia obligaron al autor de *Tristan-Shandy* y del *Viaje sentimental* á trasladarse al Cambridge-Shire y á corta distancia de la aldea de Newmarket, tan célebre por sus carreras de caballos. Sterne, como verdadero filósofo, emprendió la peregrinación con la mayor sencillez, pues componia todo su equipaje una pequeña maleta; y el carruaje público que va de ordinario de Londres á Cambridge le proporcionó en la imperial un asiento desde donde, á despecho de las nieblas de octubre y de las ráfagas de un viento norte que sopaba con violencia, el observador de las costumbres y de la naturaleza podia examinar desde una respetable altura y desde lejos los objetos capaces de aumentar los tesoros de su amable y chistosa filosofía.

Luego que Sterne bajó del carruaje en el patio de la espléndida fonda de los *Tres Reyes* de Cambridge, tan frecuentada por los estudiantes de la Universidad, se apresuró á alejarse de la tumultuosa ciudad donde la *autonomasia*, la *cataresis*, y la *hipotiposis* florecian hacia cinco siglos para gloria de la antigua Inglaterra, y á tomar al través de los campos el camino que debía conducirle al lugar á donde se dirigia. Pero tenia que andar seis millas, y aunque sus piernas eran ligeras, Sterne sintió á la mitad del camino necesidad de descansar un rato y de tomar alimento. El aire libre le había despertado un voraz apetito, y el ingenio mas sublime del mundo, la mas risueña imaginación de los Tres Reinos era en las horas ordinarias de comer y cenar esclavo de su estómago.

Sterne vió en una pobre aldea una posada cuya fastuosa enseña llamó desde luego su atencion, pues se leia en letras de diez y ocho pulgadas de altura sobre la mugrienta fachada: *A las armas de Inglaterra: Tom Dickson hospeda á pié y á caballo. Buena cerveza, wiski, aguardiente de Francia y buena comida á todas horas.*

Tan apetitoso programa tentó al filósofo, quien subiendo los tres escalones que separaban la calle de la cocina de tan excelente hostería, entró con intrépida confianza.

Peró cuál fué su desengaño al ver los hornillos apagados, la chimenea desierta donde uno ó dos tizones humecaban tristemente, mesas bastante limpias pero viejas y carcomidas por el tiempo, y una repostería donde se veian algunos rábanos, acompañados de un vestigio de queso de Chester y de la sexagésima parte de una bola de manteca de Durham!

—¡Para el tonto que se fie de los anuncios! murmuró el filósofo entre dientes; no en vano se ha dicho que el charlatanismo hallará hasta en las mas miserables aldeas altares que le alzarán la codicia y el orgullo. ¡Locura humana! en todas partes reinas, y las tabernas de los lugarejos son, como los escaños del Parlamento, teatro de tus necedades, excentricidades y estúpidos alardes.

Sterne dió algunos golpes con el mango de su baston de junco sobre un cántaro que le recordó la *Secchia rapita*—lindísimo poema de Tassoni, edificado en la punta de un alfiler

y pintado con una pluma de pájaro-mosca,— y una jóven, vestida con el esmero y la limpieza que distinguen á las mujeres de la clase media de Inglaterra, hizo su ascension por la escalera de una bodega que Sterne no habia visto, pues estaba en la sombra de la sala.

—¿Sois vos, señora, la dueña de esta posada? dijo Sterne.

La mujer hizo con la cabeza un ademan afirmativo.

—En ese caso, prosiguió el filósofo, tened la bondad de darme de comer; pues he entrado fiado en vuestro rótulo y espero comer bien, porque tengo mucho apetito y una sed devoradora.

—Milord, respondió la posadera haciendo una profunda cortesía, no podiais haber llegado en peor ocasion; el gran número de curiosos que han venido para las carreras de Newmarket han invadido todos los pueblos del contorno, y como ya podeis figuraros, el apetito que traian esos señores era tan devorador y nos cogió tan desprevenidos que hemos quedado como ciudad saqueada.

—¿Es decir que no hay nada que comer en esta posada donde prometeis al público buena comida á todas horas?

—Casi, casi, milord; sin embargo....

—Pues es divertido! interrumpió Sterne; bien lejos creía estar yo de llevarme semejante chasco. Pero ¿de qué sirve el disgustarse por tan poca cosa? Sin esperar un instante mas voy en busca de otra posada menos visitada por las langostas de Newmarket.

—Creed, milord, que no hallareis mejor comida que aquí, respondió la posadera, y si os dignais, milord, esperar un par de horas, tal vez volverá con provisiones mi marido Tom Dickson que ha ido á vender una carga de heno á Newmarket.

—Señora, dijo Sterne impacientándose con el título honorífico que la posadera repetía con énfasis, no soy lord y la pobreza de mi equipaje, añadió enseñándole con el dedo una maleta que llevaba debajo del brazo, podria haberos convencido de que ni por cien leguas pertenezco á la aristocracia. Os suplico por lo tanto que dejéis á un lado un tratamiento que respeto, pero del cual hago muy poco caso cuando no está acompañado de cualidades mas sólidas y especialmente mas provechosas á la patria y á la humanidad. Resumamos la cuestion en el terreno mas positivo: si teneis algo para darme de comer, me quedo, pero si vuestra despensa está absolutamente vacía, me marcho.

—¡Válgame el cielo! exclamó la posadera; ni por lo mas remoto fué mi ánimo ofender á Vuestro Honor llamándole *milord*, y aunque supongamos que no lo seais, si vuestro tren no es muy lujoso, vuestra figura y vuestras palabras revelan en cambio nobleza y distincion. En cuanto á lo segundo, creo que no será mas difícil ponernos de acuerdo. Si Vuestro Honor se contenta con una comida mediana, con una comida que me atreveria á ofrecer á los viajeros que en tiempos normales vienen á honrar la posada de las *Armas de Inglaterra*, podreis quedar servido al momento.

—En ese caso, dijo Sterne, me quedo; ¿qué podeis darme de comer? Veamos, explicad hasta donde alcanzan vuestras provisiones, pero sed breve, porque mi apetito ha llegado á su apogeo, y como dice cierto refran: vientre hambriento no admite consejos.

—Puedo dar á Vuestro Honor una excelente tortilla de cuantos huevos disponga; tengo además un pedazo de merluza que durante la última cuaresma ha sido el plato favorito de nuestro ministro y de su familia, y tengo tambien una ala de pavo que por lo blanco, lo tierno y lo delicado que era podia haber figurado en la mesa real ó en los festines de Hyde-Park. Al mismo tiempo, puedo ofrecer á Vuestro Honor un buen pedazo de queso de Chester y manzanas tan gordas como naranjas y tan jugosas como limones.

—Os doy las gracias por vuestro pedazo de merluza que es un pescado que nunca mereció mi simpatía, y me limitaré á la tortilla, una de doce huevos por ejemplo, á vuestra ala de pavo y á vuestro queso de Chester. ¿Cuánto me hareis pagar por la tortilla de doce huevos?

—Un schelin. Ya sabe Vuestro Honor que las gallinas han puesto poco este año y que la manteca está por las nubes.

—Ignoraba que las gallinas hubiesen puesto este año menos que los anteriores y que la manteca estuviese tan cara como decís; pero dejando aparte todas estas consideraciones, un schelin por una tortilla de doce huevos no me parece un precio muy exorbitante. Pasemos ahora al fragmento del pavo: ¿cuánto vale esa excelente ala?

—Tres schelines.

—Tres schelines! una miserable ala de pavo! exclamó Sterne estupefacto dejando sobre la mesa su maleta.

—Es preciso que advierta á Vuestro Honor, añadió la posadera, que el pavo al cual pertenecía esta ala vino directamente de Normandía, provincia de Francia muy famosa, como sabeis, por sus pastos y su excelente volatería.

—Me importa muy poco la nacionalidad de vuestro pavo, pero os repito que el precio me parece exorbitante.

—Si Vuestro Honor, continuó la posadera, quiere tomarse la molestia de ir conmigo á casa del vecino William Argison el tejedor, podrá convencerse de que no le pido mas de lo justo al admirar un pavo, traído igualmente de Francia, y que el vecino emplea, como empleaba este,— porque se lo compramos al tejedor,— en dar vueltas á un torno.

—Nada tengo que ver con el colega de vuestro difunto pavo, replicó Sterne, pero os digo que es un plato demasiado caro para mi bolsillo, y que prefiero renunciar á vuestra comida antes que hacer el sacrificio de mis tres schelines.

—Vamos, Vuestro Honor dará dos schelines, dijo la posadera sacando de una especie de guarda-carne colgado de la pared la dichosa ala en litigio.

—Añadiré medio schelin, ni un penique mas, añadió Sterne; ¿quereis, si ó no?

—Vaya por schelin y medio, pero únicamente para adquirir por parroquiano á Vuestro Honor y evitarle la molestia de ir á otra parte á probar la eventualidad de hallar una cocina menos provista que la mía. ¿Qué quiere beber Vuestro Honor?

—Una botella de cerveza, buena, si teneis.

—Pues no he de tener! de la mejor, de la que se vende en las tabernas de mas fama de Londres...

—¿Y á cuánto la vendeis? dijo Sterne interrumpiéndola.

—A seis peniques, ni mas ni menos.

—No regatearé mas. Ea, pues, señora, ya que estamos de acuerdo, daos prisa en servirme, porque la conversacion ha hecho que subiera de punto mi apetito.

—En un instante os lo arreglaré todo, respondió la posadera á quien el afán del lucro parecia dar alas; quien dice un instante, dice un cuarto de hora, y Vuestro Honor podrá sentarse á la mesa y hacer justicia á la tortilla mas hermosa que se haya vuelto nunca en una sarten de los Tres Reinos.

En efecto, la casta esposa de Tom Dickson se dió tal prisa y encendió tan buen fuego con un manojo de ramas secas, que la tortilla, base principal de aquel festin de Baltasar, fué hecha en poco rato, y Sterne pudo gozar la inefable ventaja de sentarse delante de una mesa cubierta de limpias servilletas y adornada con un plato de porcelana del cual se exhalaban los perfumes nutritivos de la tortilla.

Mientras el filósofo se llevaba con destreza á la boca el primer bocado, resonó de pronto en la calle desierta el galope de un caballo, y á los pocos momentos entró en la posada un hombre de unos treinta años, vestido con suma elegancia.

Al ver al nuevo huésped, la posadera se ruborizó, y le dijo con ligera emocion:

—¿Qué buena estrella os trae por acá, milord? Creí que desde las últimas fiestas habiais olvidado el camino de la posada de las *Armas de Inglaterra*.

Pronunció estas palabras con gesto significativo y cierto aire de reproche, gesto y tono que hubiera cogido al vuelo Sterne en otra ocasion y no hallándose absorbido contem-

plando su tortilla; pero el título de milord hi-rió sus oídos y no pudo menos de decir para sí:

—¡Vaya por la mujer y qué furiosamente heráldica está! saluda con el título de milord á cuantos entran en su bodegón. Reniego de su tabernaria lisonja!

Sin embargo, el recién venido contestó á la posadera:

—Es verdad, querida mi-tres, que soy culpable y no frecuento tanto vuestra casa; pero los negocios políticos, y las ocupaciones que me ocasiona mi candidatura para las próximas elecciones, no me dejan un instante libre. Pero echad al olvido vuestra ofensa y dadme de comer. Vengo de Newmarket donde han terminado las carreras y estoy muerto de hambre y de despecho: mi caballo ha sido vencido y he perdido mil guineas.

—Mil guineas! ¿Cómo no escarmentais, milord? ¿No veis que estais malgastando en locas apuestas en Newmarket y en Stratford la mayor parte de vuestras rentas? Vuestra candidatura va á aumentar este año los gastos que os impone vuestro orgullo de baronet.

—¿Qué he de hacer, querida mistres Dickson? el país es ante todo. Si fuera francés emplearía mis ocios y mi fortuna en cultivar las artes y las letras; pero como soy inglés debo dedicar mi actividad y mi inteligencia al cuidado de mis caballerizas, y aunque me expenga á romperme la cabeza á cada instante, estoy obligado en consideracion á mi categoria á acudir á todas las carreras de caballos de los Tres Reinos y á disputar á los palafreneros y jkeys,— los gladiadores y atletas de nuestra época— los premios que nunca gano, y que aligerarian á veces lo que pierdo en las apuestas. Pero doblemos la hoja, querida mistres Dickson, y dadme por favor que comer, porque ya no puedo esperar mas.

—Caramba! milord, ¡qué mala suerte teneis hoy! Habeis perdido en las carreras, y no seréis mas feliz en la comida, porque no tengo absolutamente nada que daros. Lo único que me quedaba de mis provisiones era una ala de pavo y se la ha quedado ese caballero, añadió la posadera indicando á Sterne.

—Teneis razon, mistres Dickson, soy muy desgraciado hoy; pero me parece que ese caballero podría contentarse con su monstruosa tortilla. ¿No me cederia su ala de pavo?

—Pedidsela, dijo mistres Dickson riéndose con ironia, pues la malicia femenina se complacia en vengarse de la infidelidad del lord.

—Caballero, dijo este dando algunos pasos hácia la mesa donde Sterne comia á dos carrillos, advierto con satisfaccion que haceis el honor que se merece á la formidable tortilla que teneis delante, y me parece que no os será de necesidad absoluta el fragmento de pavo que la acompaña. ¿Os dignais vendérmelo en cambio de una guinea que tengo el gusto de ofreceros?

Y milord sacó en efecto del bolsillo una flamante guinea que enseñó á su interlocutor entre el índice y el pulgar.

Sterne hizo ver que no le entendia y el lord repitió su oferta ó su súplica.

—Caballero, respondió Sterne dejando el tenedor sobre la mesa, no acostumbro á resistirme á las súplicas, pero rechazo con entereza las proposiciones que tienen visos de tratos y de ventas. Quizás os disgustará que rehuse vuestro dinero y conserve mi ala de pavo, sin embargo...

En aquel instante entró en la sala de la posada una niña pobremente vestida, pero que

por su aire reservado, su voz dulce y sus facciones distinguidas podia adivinarse que pertenecía á la clase media de la sociedad.

—Señora Dickson, dijo á la posadera, mi madre acaba de darnos otro hermanito y mi padre me envia á preguntaros si podriais venderme al fiado hasta el sábado, porque es el día que va á cobrar su mensualidad á casa del rector, algun pedazo de ave tierna para restablecer á mi madre que necesita buenos alimentos.

—Pobrecita Betty, respondió mistres Dickson, con mucho gusto serviria á tu padre, pero no tengo ningun resto de ave, y estos dos caballeros se están disputando una ala de pavo que ya no me pertenece.

—¡Pobre madre mia! dijo la niña alzando al cielo sus ojos bañados en lágrimas. Pero en fin, hágase en todo la voluntad de Dios. Perdonad, mistres Dickson, si he venido á incomodaros.



EL GENERAL DE LA MARMORA.

La sensibilidad y la resignacion angélica de la interesante niña enternecieron á Sterne.

—Señora, dijo á la posadera, ¿de quién es hija esta hermosa niña?

—Es la mayor de nuestro ministro, caballero, un hombre excelente y bondadoso, pero mas pobre que Job, pues su prebenda no le basta para mantener y educar á su familia. Tenia ya seis hijos, y su esposa acaba de dar hoy á luz el séptimo. El pobre ministro enviaba á Betty para ver si podia proporcionarle alguna cosa delicada para su mujer. La pobre niña se ha ido con las manos vacías y lo siento en el alma.

—Milord, dijo Sterne levantándose con precipitacion, esta ala era objeto de nuestra codicia. Pónganos de acuerdo la caridad cristiana, llevémosla á la pobre madre y gocemos de la grata sorpresa que le causará nuestra mezquina ofrenda.

—Con sumo gusto, caballero! estoy á vuestras órdenes, respondió el lord, en quien la

aficion á los caballos no habia ahogado el amor al prójimo.

Salieron en efecto, y el filósofo y el noble llegaron al poco rato á la casa del ministro guiados por mistres Dickson.

Era una vetusta y miserable casa que mas bien parecia la madriguera de un gitano que el venerado presbiterio de un ministro del Evangelio. Sterne, el lord y mistres Dickson cruzaron solemnemente el umbral del miserable edificio y se presentó á sus miradas un espectáculo tan triste como interesante: la recién parida estaba acostada en un duro lecho, pero notable por su esmerado aseo. Los tres niños de menos edad dormian á su lado con el sueño de los ángeles, y los cuatro mayores agrupados en rededor de la cama tendian á su madre los brazos haciéndola ingenuas caricias. El digno ministro, sentado al pié de la cama de su querida mitad, leia un libro de devociones, tanto quizás para consolar aquellas almas castas como para apaciguar el hambre de sus cuerpos.

Cuando Sterne, el lord y la posadera entraron, el buen sacerdote pronunciaba estas palabras del salmista: *El Señor, que es todo bueno y misericordioso, ha eternizado la memoria de sus maravillas, dando alimento á los que le temen.*

—Señora, dijo Sterne al entrar á la madre, permitid que milord y yo os ofrezcamos un plato de nuestra frugal comida. La mesa del viajero, aun en la ilustre posada de las *Armas de Inglaterra*, no siempre está ricamente provista; pero perdonad la mezquindad de la oferta en gracia de nuestros respetuosos sentimientos y del profundo interés que nos inspira vuestra amable familia.

La pobre mujer no podia dar crédito á sus ojos, y parecia devorar con la mirada el precioso fragmento del ave que le presentaban. Despues de consultar con sus ojos á su esposo para saber si debia aceptar, balbuceó algunas palabras de agradecimiento que salian del fondo de su corazón. El ministro se encargó de dar las gracias por su esposa, y con expresiones exentas de orgullo y de baja humildad manifestó á Sterne y á su compañero el aprecio que hacia de un proceder tan evangélico.

La situacion interesante de la mujer del sacerdote enterneció profundamente al filósofo y al lord, y la piadosa resignacion y la nobleza en la indigencia del padre de familia les hicieron derramar lágrimas. Sterne no trató de disimular su emocion; pero el lord, mas esclavo del decoro del mundo, se esforzaba en dominarse.

—Caballero, dijo al ministro, vuestro agradecimiento es superior al valor de nuestro regalo, y tengo que pedir os un favor, advirtiéndos que si os dignais concedérmelo, yo seré el que deberé daros las gracias.

—Hablad, milord, dijo el buen ministro, y si de mí depende, tendré la mas grata satisfaccion en servirlos.

—Voy á deciroslo en dos palabras; nunca he sostenido ningun niño en la pila bautismal y me ha ocurrido la idea de ser padrino de un hijo de padres honrados. ¿Me hareis el favor de aceptarme por padrino del vuestro?

—¡Ah! milord! exclamaron á coro el ministro, su mujer y sus cuatro niños mayores.

—¿Aceptais? muy bien, continuó el lord; en ese caso permitidme que regale al que pronto debe ser mi ahijado algunos pequeños pedazos de metal, que con los cuidados de su madre y de mistres Dickson que se halla presente y á quien elijo por madrina, se tras-



ENTREVISTA DE LOS EMPERADORES NAPOLEÓN III Y FRANCISCO JOSÉ EN VILLAFRANCA.

formatán en dulces y bagatelas necesarias para la ceremonia.

Y el joven lord vació con rapidez su bolsillo sobre los pañales remendados del niño que dormía. Sesenta guineas brillantes y con el busto del rey Jorge se esparcieron con sonoro ruido sobre aquel misero lecho donde el aspecto del oro no había apaciguado nunca las punzantes penalidades de la indigencia.

Y sin dar tiempo á que el ministro y su familia le abrumasen con testimonios de gratitud, el lord añadió:

—Mistres arreglará el día de la ceremonia. Adios, amigos míos; adios, hijos míos; pronto volveremos á vernos.

Y tomando á Sterne del brazo, el joven salió bruscamente del presbiterio antes que el ministro, aturdido con tal munificencia, hubiese podido pronunciar una palabra.

Se dirigieron á la posada de las Armas de Inglaterra.

—Acabais de hacerme pasar uno de los instantes mas felices de mi vida, milord, dijo Sterne á su compañero. Teneis un noble corazón, y seria para mí una satisfacción el poder merecer vuestra amistad.

—Si algun mérito encierra lo que acabo de hacer, respondió modestamente el joven, vos solo sois digno de la alabanza. Vuestra generosa excitacion lo ha hecho; el surco pedía la semilla.

—Sí, pero qué pobre surco para tan rica semilla! Milord, creed que la escena que acabo de presenciar será para mí una elocuente leccion moral. Vuestra emocion, vuestras lágrimas y el gozo que inunda en este instante vuestro corazón deben haberos enseñado que existen para las almas generosas y para los corazones magnánimos placeres mas vivos que los de las elecciones y del hipódromo. La ruina es frecuente en el oficio de los centauros y en las ambiciones de la política, pero el hombre se enriquece siempre para esta vida y la otra practicando la beneficencia y ejerciendo la caridad cristiana.

—Mi alma y mi corazón conspiran para reconocer en vos un hombre de elevados sentimientos. ¿Seré indiscreto al preguntaros vuestro nombre?

—Algunos me lla-

man Jorick, pero comunmente me llaman Sterne.

—¡El gracioso autor de *Tristan-Shandy* y del *Viaje sentimental*! exclamó el lord; ya debí figurármelo, esas obras maestras...

—Decid mas bien fantasías en que el corazón tiene mas parte que el ingenio, añadió Sterne interrumpiéndole; porque yo no me precio, milord, de escritor ni de filósofo; únicamente soy un amigo de la humanidad y de la virtud.

Llegaron á la puerta de la posada.

—Señor Sterne, dijo el lord, ¿me hareis el honor de acompañarme hasta mi castillo situado á dos millas de aquí? Tengo un caballo á vuestra disposición.

—Mil gracias, milord; vuelvo á la posada donde me espera mi tortilla. En cuanto á vos, milord, idos á vuestro casillo hereditario, y para olvidar las pérdidas que acabais de sufrir en Newmarket pensad que habeis arrancado á una familia de las angustias de la indigencia, y que habeis conquistado con esta accion el aprecio de un hombre honrado, la gratitud de vuestros semejantes y las bendiciones del Dios omnipotente que recompensa hasta el vaso de agua que se dá en su nombre.

EL POSADERO DE ALDEA,

MAESE GANSENDONCK.

POR E. CONSCIENCE.

(Conclusion.)

Por algunos instantes caminó en direccion recta como un ciego que no sabe dónde se encuentra, hasta que habiéndose dirigido á sacudir la cabeza contra un árbol, pareció despertar con el choque. Entonces siguió el camino á paso largo echando pestes y profiriendo injurias contra el baron, como para desahogar la tristeza y despecho que le devoraban.

De pronto se detuvo pensativo en el ángulo de un bosque. Despues de haber permanecido allí como un cuarto de hora, sumido en las mas dolorosas reflexiones, empezó á golpearse á sí mismo con el puño y á darse palmadas en la frente, apostrofándose á cada golpe:

—Asno estúpido! ¿tendrás valor para volver á entrar en tu casa, imbécil? ¿Qué bien mereces el látigo, majadero! Esto te enseñará lo que son los barones y los señores! Ponte todavía un *chaleco blanco* y guantes amarillos; mas te hubiera valido encasquetarte un gorro de loco! Has sido bastante tonto, bastante bruto para ahogarte en un molino de viento! Ocúltate, métete cien varas bajo tierra, ¡rústico aldeano! ¡rústico aldeano!...

En fin, despues de haber agotado contra sí mismo toda su cólera, las lágrimas le saltaron de los ojos; llorando y suspirando, lleno de vergüenza y tristeza, se dirigió pausadamente á su casa.

De súbito vió de lejos á su criado venir á su encuentro, dando gritos y pareciendo decirle que se apresurase.

—Maese, maese, ¡oh! venid pronto! exclamó Jacobo desde que se vió cerca de su amo, nuestra pobre Lisa se halla en una convulsion mortal!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo suspirando maese Gansendonck, ¡cuántas desgracias á la vez! todo el mundo me abandona; ¿tú tambien, Jacobo?

—Todo lo olvido, dijo el criado con dulce compasion; me basta veros desgraciado para quedar con vos tanto tiempo como pueda seros útil...

Los dos se dirigieron á la aldea apresurando el paso y lanzando tristes exclamaciones.

X.

La hija del orgullo se llama vergüenza.

Ha pasado ya el invierno: los árboles y las plantas empiezan á desplegar su tierno verdor bajo la dulce luz del sol; los pájaros hacen

sus nidos y cantan sus bellas canciones de mayo; todo brilla con vigor juvenil, todo sonrre en el porvenir, como si las sombrías nubes no tuviesen que oscurecer mas al cielo azul....

En un cuarto trasero de la posada de *San Sebastian* descansa una jóven enferma con la cabeza apoyada en una almohada. Pobre Lisa! un cruel gusano roe su corazón! Allí se halla sentada, inmóvil, y sin embargo con la respiracion fatigosa; el menor movimiento es para ella un penoso trabajo. Su rostro pálido y trasparente como un vidrio mate, presenta en cada una de sus mejillas una mancha de un carmin abrasador, indicio fatal que causa espanto.... Embebida en tristes pensamientos, deshoja con sus demacrados dedos unas margaritas que le habian traído para distraerla, como un juguete á un niño. En seguida deja caer en el suelo las flores ya ajadas, sepulta su cabeza inerte en la almohada; su mirada vidriosa se eleva al cielo y penetra en lo infinito: su alma mide ya el camino de la eternidad!

Un poco mas atrás de la jóven, por la parte de la ventana, se hallaba sentado maese Gansendonck, con los brazos cruzados sobre el pecho. Tenia la cabeza sumamente inclinada, y sus ojos medio cerrados fijos en el suelo; todo en sus facciones y en su actitud revelaba amargos dolores, el remordimiento y la vergüenza.

¿Cuáles eran los pensamientos del desgraciado padre viendo á su única hija extinguirse cual una trémula llama falta de pábulo? ¿Se acusaba á sí mismo? ¿Conocia por fin que su vanidad era el verdugo que habia atado á la inocente victima en el banco de la tortura?

Sea como fuere, tambien entre los pliegues de su corazón se revolvía una cruel serpiente, porque sureaban su rostro profundas arrugas que el sufrimiento habia producido, y sus mejillas ajadas y sus movimientos lentos daban á conocer suficientemente que habian desaparecido de su alma los últimos resplandores de la seguridad, del valor y de la esperanza.

El menor suspiro de su hija enferma le hacia estremecer; la tos penosa de Lisa destruía su propio pecho, y cuando esta le dirigia su mirada llena de sufrimiento, temblaba como si hubiese leído en ella una amarga acusacion por su temprana muerte. Y sin embargo ahora que el amor paternal se habia desprendido en su corazón de los lazos del orgullo, hubiese aceptado con alegría la muerte mas cruel para prolongar un solo instante la vida de su hija.

Pobre Gansendonck! todo le habia sonreído tanto en el mundo! Habian mecido toda su vida sueños tan celestiales de felicidad y grandeza con su dulce ilusion! Y ahora se hallaba allí, como una estalua muda, sentado cerca de su hija moribunda, postrado y temblando como un criminal en el banco de la infamia.

Si el tormento continuo de su conciencia, el pensamiento eterno de la muerte habia envejecido su cuerpo, habia tambien disipado en su alma las tinieblas del orgullo y la vanidad, y suavizado singularmente su carácter. Actualmente su traje era modesto y sin pretension, la palabra afable, la actitud humilde. Dolorosamente agobiado por su triste suerte, su vida no tenia más que un solo fin, el mitigar los sufrimientos de su hija, y sus esfuerzos un solo objeto, la libertad de Karel.

Hacia cerca de media hora que maese Gansendonck estaba sentado en la misma postura. Retenia su aliento, y no se movia por temor de turbar el reposo de su hija.

En fin Lisa levantó la cabeza suspirando dolorosamente, como si la almohada la incomodase. Maese Gansendonck se acercó, y le dijo con un acento de profunda compasion:

—Querida Lisa, ¿no es verdad que te entristece el estar siempre en este cuarto? Ves, el sol brilla dulcemente afuera, el aire es tranquilo y fresco! He colocado en el jardin una silla y dos almohadas; ¿quieres que te lleve al sol? El médico ha dicho que te haria bien.

—¡Oh! no, dejadme aquí, dijo la jóven suspirando; pero esta almohada es tan dura!

—La eterna quietud de este cuarto tiene algo

triste, Lisa; tu corazón tiene necesidad de distraerse.

—La eterna quietud! repitió la jóven pensativa; ¡cuán bien se debe descansar en la tumba!

—Déjate de estos lúgubres pensamientos, Lisa. Vamos! ¿quieres que te ayude? Nadie te verá, cerraré la barrera del jardin, y te sentarás tras el hermoso vallado de hayas; allí verás como las flores remozadas se levantan con vigor, y oirás como cantan los pájaros. Vamos! dame este gusto.

—Pues bien, padre mio, tan solo por complaceros probaré si tengo todavía fuerzas para ir tan lejos.

Apoyando las dos manos en la mesa, se levantó lentamente.

El buen padre derramó abundantes lágrimas viendo á Lisa bambolearse sobre sus piernas debilitadas, y temblar sus miembros por el penoso esfuerzo que estaba haciendo; se hubiese dicho que iba á hundirse bajo el peso de su cuerpo, ya de por sí tan delicado. Maese Gansendonck la tomó del brazo, sin decir una palabra, llevándola mas bien que sosteniéndola. Así paso á paso atravesaron el meson, y despues de haber descansado muchas veces, llegaron al jardin, en el cual Lisa, con las fuerzas agotadas y en un acceso de tos dolorosa, se dejó caer en un sillón.

Despues que maese Pedro hubo colocado las almohadas tras su espalda y bajo su cabeza, se sentó al lado de ella en una silla, y esperó en silencio que se hubiese repuesto de su cansancio.

En fin con acento consolador y llorando aun, le dijo:

—Ánimate, querida Lisa; la bella estacion ha empezado, el aire dulce y puro te fortalecerá. Ya curarás, hija mia.

—¡Ah! padre mio! ¿por qué engañarme? dijo la jóven suspirando y sacudiendo la cabeza; todos los que me ven, así vos como los demás, gimen y lloran por mi suerte. No hay remedio, ¿no es verdad? Cuando llegue la fiesta mayor, ya dormiré en el cementerio.

—Hija mia, no te entristezcas tú misma con tan doloroso pensamiento.

—Pensamiento doloroso! ¿Acaso se está muy bien en este mundo? ¡Ah! si me hallase ya en el cielo! Allí se encuentra la salud, la alegría, el amor eterno.

—Karel volverá pronto, Lisa. ¿No has dicho tú misma que en seguida curarías? El sabrá consolarte; su voz afectuosa aliviará tus amargos sufrimientos y te dará nuevas fuerzas.

—Todavía seis meses! dijo la jóven con desesperacion, levantando las manos al cielo como si dirigiese una plegaria á Dios. Todavía seis meses!

—No tanto tiempo, Lisa. Ayer partió Jacobo para Bruselas, encargado de llevar una carta del burgomaestre á la persona que es nuestra intercesora para con el ministro. Todo nos hace esperar que obtendremos para Karel una disminucion de pena. En este caso al momento será puesto en libertad. Dios sabe si esta tarde misma nos traerá Jacobo la nueva ansiada de su vuelta. Lisa, hija mia, ¿no te sientes volver á la vida con este pensamiento?

—Pobre Karel! dijo Lisa pensativa, cuatro eternos meses ya! ¡Oh! padre! he cometido una falta, yo... Pero él que es inocente ¡cuánto no debe sufrir en su oscuro calabozo!

—No, Lisa, no. Antecayer fui á verle en su prision y sobrelleva su suerte con paciencia; si no fuese por tu enfermedad, se consideraria feliz en este mundo.

—Ha sufrido tanto! vos le amareis ¿no es verdad, padre mio? No le rechazareis mas; es tan bueno!

—Rechazarle! exclamó maese Pedro con voz trémula; le he rogado de rodillas que me perdonase, he bañado sus piés con mis lágrimas...

—Cielos! y él ¿qué ha dicho, padre mio?

—Me ha abierto sus brazos, me ha estrechado en ellos, me ha consolado. He querido acusarme á mí mismo, decirle que mi orgullo era la sola causa de su desgracia, prometerle que toda mi vida seria una expiacion, ¡ay! me ha tapado la boca con un beso... con un beso que como un bálsamo del cielo ha vertido en mi corazón la esperanza y el valor, y me ha dado fuerza para aguardar con meus ansie-

dad la decision de Dios. Bendito sea el corazon generoso que vuelve bien por mal!

—Y á mi tambien me ha perdonado, ¿no es verdad, padre mio?

—¿Perdonarte, Lisa? ¿Qué mal has hecho tú jamás? ¡Ah! si sufres, si un castigo del cielo parece haber caido sobre tí, es por mi causa, pobre hija mia, que experimentas tan amargo dolor!

—¿Yo soy inocente, padre? Mi ligereza ¿no desgarraba el corazon de Karel y le hacia languidecer de desesperacion? Pero excelente amigo, todo me lo ha perdonado!

—No, no, exclamó el padre, Karel nada tiene que perdonarte; tú conservas siempre á sus ojos la casta pureza de la azucena.... En aquel mismo tiempo en que mi orgullo insensato te obligaba á obrar imprudentemente, y que todo concurría á inspirarle desconfianza, entonces mismo rechazaba la menor sospecha, y decia con la mas grande seguridad: «Mi Lisa es pura, y á nadie mas que á mi ama en el mundo.»

Una dulce sonrisa apareció en los labios de la jóven.

—¡Ah! dijo ella, esta conviccion endulzará mi agonía. Cuando me halle allá arriba, rogaré á Dios por él, y le sonreiré desde lo alto del cielo en cualquier parte donde se encuentre... hasta que él tambien venga.

El acento gozoso de la voz de Lisa animó á su padre para hacer un esfuerzo por distraer su alma de los tristes presentimientos de que era presa.

—¿Y no sabes, Lisa, le dijo con voz jovial, lo que me dijo anticayer del bello jardín que quiere hacer construir en el momento en que se halle libre? Todas las mas hermosas flores estarán allí en abundancia: ¡qué de senderos y paseos tortuosos, qué de cuadros, de verdes bóvedas, de estanques!... Y mientras se estará trabajando en esto, los dos hareis un viaje á París, donde te enseñará los mas grandes prodigios del mundo, y te reanimará con su amor, con mil placeres, mil alegrías.... ¡Oh Lisa! figúrate que entonces serás ya esposa de Karel; nada en la tierra podrá en lo sucesivo separaros; vuestra vida será un ciclo de felicidad! Y Karel quiere que yo vaya á habitar con vosotros dos y su madre en la cerveceria. Será hijo mio! Tú, Lisa, encontrarás una tierra madre. Por la dulzura, por la humildad de mi carácter, yo recobraré la amistad de los aldeanos. Todos nos estimarán y amarán. Nosotros tambien nos amaremos unos á otros, y permaneciendo unidos por medio de la afecion mas pura, pasaremos tranquilamente la vida en este mundo! Pero, Lisa, hija mia, ¿qué tienes? ¿tiemblas? ¿no te encuentras bien?

La jóven hizo todavía un esfuerzo para sonreír; pero era evidente que las fuerzas la abandonaban. Buscó la mano de su padre, y habiéndola encontrado, dijo con voz apagada que se debilitaba por momentos:

—Padre mio, si Dios no me llamase hácia su seno, no dudo que vuestras palabras me volverian la vida; pero, ¡ay! ¿qué es lo que puede salvarme de la muerte que veo siempre delante... como una cosa que no puedo explicar... una nube... una vision que me hace señas? Ahora mismo un estremecimiento glacial recorre todo mi cuerpo; el aire es demasiado frio... Agua, agua en mi frente! ¡Oh padre, querido padre! me parece... que voy á morir!...

Pronunciando estas terribles palabras, cerró los ojos y se dejó caer como un cuerpo inanimado.

Maese Gansendonck se arrodilló ante su hija, levantando las manos al cielo en ademán suplicante y derramando un torrente de lágrimas; pero habiendo conocido desde luego la situacion critica en que se hallaba, se levantó precipitadamente víctima de la mas febril ansiedad. Se puso á frotar las palmas de las manos de Lisa moribunda, le alzó la cabeza, y llamándola por su nombre, besó sus labios helados y bañó su frente con lágrimas de amor y de arrepentimiento.

Al cabo de un rato la jóven enferma volvió al sentido. Mientras su padre, medio loco de alegría, espiaba los indicios de su vuelta á la vida, despues de un desvanecimiento parecido

á la muerte, Lisa abrió lentamente los ojos y miró con sorpresa á su alrededor.

—Todavía no! todavía en la tierra! dijo suspirando. ¡Oh padre mio! volvedme á casa, mi cabeza siente que todo gira en torno suyo, mi pecho arde; el aire me quema los pulmones, el sol me hace daño!

Como si maese Gansendonck hubiese querido sustraer á su hija de la muerte que la amenazaba, la tomó en sus brazos con celoso afán y la llevó á su cuarto.

Lisa volvió á sentarse cerca de la mesa y apoyó silenciosamente su cabeza en la almohada.

Maese Pedro quiso aun dirigirle palabras de consuelo; pero ella le interrumpió con voz suplicante:

—No hableis, querido padre; estoy tan fatigada! dejadme descansar.

Maese Gansendonck obedeció, y volviéndose á sentar en su silla, se puso á llorar en silencio la muerte próxima de su idolatrada Lisa.

Habia trascurrido una media hora sin que un movimiento, un sonido, un suspiro hubiese revelado la presencia de seres humanos en este aposento, cuando se oyó de súbito el ruido de un carruaje que se detenía ante la puerta de la posada.

—Hé ahí á Jacobo, Lisa, hé ahí á Jacobo! exclamó con alegría maese Gansendonck; lo conozco por el paso de nuestro caballo.

Una ráfaga de esperanza brilló en los ojos moribundos de la jóven.

El criado entró en efecto en el aposento. Lisa pareció recoger todas las fuerzas que le quedaban para oír las nuevas placenteras; levantó la cabeza y prestando viva atencion, miró á Jacobo. Maese Pedro se abalanzó hácia este y exclamó:

—¿Qué hay, qué hay, Jacobo?

El criado respondió con los ojos llorosos:

—Nada! El personaje que debía hablar á favor de Karel al ministro de justicia ha partido para Alemania.

Un grito de desesperacion medio sofocado escapó de la boca de Lisa: su cabeza volvió á caer pesada como el plomo sobre la almohada, y lágrimas silenciosas brotaron de sus ojos.

—¡Ay! ¡ay! dijo con voz tan débil que apenas se la oía, ya no me verá mas en la tierra!

XI.

Quien siembra vientos recoge tempestades.

En una bella mañana, un jóven campesino caminaba apresuradamente por la calzada de Amberes á Breda. Su aliento era cansado, el sudor corría copiosamente por su frente. Sin embargo una indecible alegría brillaba en sus ojos, y en las miradas rápidas que lanzaba á la campiña ó al azar sin limites de los cielos, se veía resplandecer el agradecimiento hácia Dios y el amor hácia una naturaleza siempre lozana. Sus pasos eran ligeros; de tiempo en tiempo se le escapaba una exclamacion de alegría; hubiérase dicho que se apresuraba con ardiente impaciencia para llegar á un lugar donde le esperaba la felicidad.

Y, efectivamente, era Karel el cervecero, á quien una disminucion de condena acababa de volverle inopinadamente la libertad.

Así es que volvia á su aldea con el corazon lleno de placenteras ilusiones. Iba á ver á su Lisa, á consolarla, á curarla! Porque ¿no eran su condena y su prision las que tenían á la pobre niña encorvada bajo el peso del dolor y la hacian consumir de pesar? Y su libertad y su vuelta ¿no era el infalible remedio á su enfermedad? ¡Oh! sí, iba á hallarla pura, amorosa; iba á sorprenderla con su imprevista aparicion, y decirle:—«Cesa de abandonarte á tu dolor, Lisa mia. Hé aquí á tu fiel amigo. Mi amor te prestará fuerzas; levanta la cabeza con esperanza; todos nuestros males han acabado; mira al porvenir con valor y alegría, sonríe á la vida; nos promete aun tan hermosos años!»

Y su anciana y buena madre! ¡Cómo recompensarla por sus tiernos y acerbos sufrimientos! Ya en su interior la contemplaba

salirle al encuentro, lanzando un grito de emocion; abrazarle, quemarle las mejillas con sus besos; correr sus lágrimas sobre su frente... Y sonreía con amor á la dulce vision, en tanto que la palabra: madre! madre! salía de sus labios.

¡Oh! ¡cuán feliz era en aquel momento! A la idea de su libertad recobrada se le hinchara de alegría y satisfaccion el robusto pecho; la atmósfera perfumada de los arbustos le envolvía en balsámicos aromas y derramaba el fuego de la vida en sus pulmones; el sol de la primavera doraba el lozano verdor de los abetos, y engalanaba á la naturaleza con un magnifico ropaje de fiesta. Soñando un porvenir seductor, el corazon latiendo de agradecimiento hácia Dios, evocando á su alrededor todo lo que mas amaba, suspirando de amor, sonriendo de felicidad; marchaba el jóven con paso cada vez mas rápido hasta que llegó cerca de una media legua de su pueblo natal.

Aquí se detuvo de súbito temblando y como si una aparicion lúgubre le hubiese llenado de espanto y de consternacion.

Tres caballeros acababan de desembocar de un camino lateral y habian entrado en la calzada; uno de ellos era el señor Van Bruinkasteel.

Seria difícil adivinar si estas tres personas habian visto al jóven; pero al menos no le miraron, y siguieron el camino de la aldea.

Karel se hallaba en la mayor perplejidad. Por una parte no queria trabar conversacion con el baron, porque sentia hervir su sangre y conocia cuán peligroso podia serle este encuentro si su enemigo le dirigía una sola palabra insultante; y por otra no podia detenerse mas; su impaciencia le arrastraba hácia su querida Lisa, para luego correr á estrechar entre sus brazos á su anciana madre.

Despues de un momento de reflexion, Karel tomó una determinacion repentina: se lanzó fuera de la calzada en un sendero que empalmaba con esta, y á través de campos y bosques llegó á otro camino, que si bien haciendo un largo rodeo, debía tambien conducirle al punto deseado.

Elévanse de la aldea los sonidos lentos de las campanas tocando á muertos... En el cementerio se abre una tumba; cada tañido de la campana resuena en esta hoyo que espera; no parece sino que una voz sorda sale del suelo, y que la tierra ávida llama suspirando á su presa.

Los mismos animales se estremecen dolorosamente á este lúgubre sonido de la muerte; los perros responden al eco de las campanas con aullidos; los toros lanzan bramidos sordos.... Exceptuando estos fúnebres acentos, reina un profundo silencio en toda la comarca; no se percibe otro movimiento que el tarado paso de algunos ancianos, que con el libro de oraciones y el rosario en la mano, se encaminan hácia la iglesia como sombras mudas.

A lo lejos se adelanta una triste comitiva... Pero ¡cuán interesante es en estos lugares el viaje hácia la última morada del hombre!

Cuatro jóvenes doncellas vestidas de blanco, llevan el cuerpo de su compañera muerta en la flor de su vida; otras cuatro vírgenes, vestidas tambien de blanco, caminan al lado de las primeras para recibir á su vez la preciosa carga. Todas las doncellas de la comarca siguen detrás, llevando en la mano flores y ramos de boj; todas, hasta las mas tiernas niñas, cuya alma inocente no comprende aun lo que significa la palabra morir. Muchas lloran amargamente, todas caminan con la cabeza baja y compadecen á la pobre Lisa, tan inocente ¡ay! y sin embargo tan cruelmente arrebatada á la vida.

El ataúd se halla cubierto de rosas y azucenas, emblemas de la pureza virginal. Su olor es tan fresco y tan perfumado! resaltan tan brillantemente sobre el paño blanco!... Bajo de ellas yace tambien una flor, una azucena roída por el gusano del dolor, pálida y marchita, inocente cordero expiatorio, víctima desgraciada del orgullo y la vanidad!

Tan solo tres hombres siguen inmediatamente al féretro. A un lado marcha el criado Jacobo, al otro Francisco el herrero.



Envolví el cadáver del conde en su capa. (Pág. 316, col. 2.ª)

Llorando de compasion y tristeza sostienen á una tercera persona que bambolea como un hombre ebrio. Oculta su rostro con las manos; pero las lágrimas se deslizan á través de sus dedos; dolorosos sollozos hinchan á cada momento su pecho. Pobre Gansendonck! padre culpable, ¿por qué no te atreves á fijar tus ojos en este féretro? A cada mirada el gusano de la conciencia te muerde en el corazon, ¿no es verdad? ¿Tiemblas de angustia y de vergüenza? Pero no quiero leer en tu corazon; tu martirio me inspira respeto; olvido tu fatal orgullo, y yo tambien derramo una lágrima de compasion sobre tu agudo dolor...

Ya está cerca el campo de la muerte; hé ahí el sacerdote que debe rezar sobre el mortal despojo la última oracion...

Pero ¿qué es lo que hiela de espanto á la asombrada multitud? ¿Por qué este grito de agonía que se escapa á la vez de todos los pechos? ¿Qué terrible aparicion hace temblar á las jóvenes doncellas?

¡Gran Dios! Hé ahí á Karel! se detiene un momento como herido del rayo, fija una mirada de espanto en la funebre comitiva, cuya marcha se interrumpe de repente al influjo fatal de sus ardientes miradas... Karel anonadado comprende todo lo que pasa! Corre con los cabellos erizados, se precipita sobre el ataúd, rechaza violentamente á las jóvenes doncellas, arranca el paño mortuario, ensangrienta sus manos en los clavos del féretro que quiere abrir; llama á su Lisa, grita, llora, rie...

En fin algunos hombres le separan con fuerza léjos del cadáver... Pero un nuevo incidente le arranca un grito de venganza, grito tan espantoso, tan terrible, que todo el mundo se estremece de horror. ¿Qué es pues lo que han visto sus ojos hoscos que se lanza como un furioso, arrollando todo obstáculo y con un fuerte grito de triunfo, contra aquel que causa su cólera?

Cielos! tras los cristales de una posada se halla el baron!

Fatalidad! fatalidad! El jóven fuera de sí saca un cuchillo de su faltriquera; ¡cómo brilla el sol en su terrible hoja! Penetra rugiendo en el meson; va á cometerse un asesinato... pero nó, tropieza en el umbral y cae como una piedra, con la cabeza abierta... Todos ele-

van las manos al cielo con gritos de espanto, todos tiemblan.... Pero Karel no se levanta; permanece echado en el suelo, como si la muerte acabase de encontrar en él una nueva víctima.

El baron, su enemigo, corre el primero á su lado, le levanta con compasion; él tambien siente en este momento el demonio de los remordimientos, oye una voz que le dice: Tu ligereza ha contribuido á producir estas desgracias que ahora ves surgir á tu alrededor.

Jacobo acude tambien; los dos llevan á Karel á una silla, y le echan agua fresca en la frente y pecho; pero él permanece en su silla, inanimado y pálido como un muerto....

Durante esta escena, el sacerdote murmura el último adios en la hoya, la tierra cae sobre el ataúd con un ruido sordo....

Karel sale de su desvanecimiento. El baron quiere consolarle... Jacobo le habla de su madre; pero el jóven no conoce ni amigo ni enemigo: un fuego extraño y siniestro brilla en sus ojos; rie, parece feliz!... Se ha vuelto loco....

Querido lector, si te acontece por casualidad atravesar la aldea en que tuvieron lugar estos sucesos, verás delante la cervetería á dos hombres sentados en un banco de madera, jugando juntos como si todavia fuesen niños. La fisonomia del mas jóven es triste y sin vida, á pesar de que la llama de la locura brilla en sus ojos; el otro es un viejo criado que le cuida con afectuosa compasion y se esfuerza para distraerle.

Preguntad al criado la causa de la desgracia de su amo; el buen Jacobo os contará cosas muy tristes, os enseñará la tumba donde mae-se Gansendonck duerme el sueño eterno al lado de su hija, y estad seguros de que terminará infaliblemente su relacion con este adagio:

EL ORGULLO ES EL ORIGEN DE TODOS LOS MALES.

FIN.

EL GENERAL DE LA MÁRMORA.

Este general visitó en 1831 todos los establecimientos militares de Europa y del Oriente.

En 1848 tomó una parte gloriosa en los acontecimientos de la guerra de la independencia italiana y se distinguió en Borghetto, Valeggio y Peschiera. En esta época recibió la medalla de oro del mérito militar.

Nombrado general de brigada en 1848, de La Mármora llegó muy tarde para tomar parte en la batalla de Novara.

Después de la abdicacion de Carlos Alberto fué ascendido á general de division por el rey Victor Manuel y en seguida nombrado ministro de la Guerra.

Todo estaba entonces por organizar en dicho ministerio. El general de La Mármora emprendió esta tarea con ardor, y á pesar de todas las dificultades que ofrecia dió un vigoroso impulso á las reformas y mejoras que era preciso introducir en el ejército piemontés.

En 1855 dejó el ministerio de la Guerra para tomar el mando del cuerpo expedicionario que marchó á Crimea.

La victoria del Tchernaiá fué una prueba patente de su valor y del de sus tropas. El general de La Mármora recibió la orden del Baño y la gran cruz de la Legion de honor.

A su regreso al Piemonte volvió á encargarse del ministerio de la Guerra que dejó otra vez para ir á combatir á los austriacos al lado de su soberano.

FÓRMULAS.

Modo de destruir las hormigas.

Se pone sobre el hormiguero un hueso de carne cruda á medio descarnar, al momento se cubrirá de hormigas, y se echará al instante en agua caliente para ahogarlas. Esta operacion se repite hasta que se hayan exterminado enteramente.

Por todo lo que antecede. F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.